

¿Á usted, qué le parece  
que debo hacer? (Á Gonzalo.)  
GONZ. (Poniendo el sobre de la carta.)  
                                          Comprarlo.  
MERC. ¡Pocos tan ricos se ven!  
DOL. (Con indiferencia,)           ¿Sí?...  
          (Gonzalo llama con el timbre.)  
MERC. ¡Cómo me va á sentar!...  
          ¡Y sobre todo el collar!  
          (Aparece Juan en la puerta del fondo. Gonzalo le  
          entrega la carta y le dice en voz baja.)  
GONZ. (Á D. Cándido.  
JUAN.                           Está bien.) (Sale por el fondo.)  
GONZ. Conque adios. ¡Hasta después,  
          Mercedes!  
MERC.                           ¡Que no esperemos  
          mucho!  
DOL.                           Adios.  
GONZ.                           No tardaremos.  
MERC. Adios, querido Marqués  
          (Sale Gonzalo por el foro derecha.)

### ESCENA VI.

DOLORES y MERCEDES.

MERC. Si no fuese tan segura  
mi amistad, querida mía,  
te juro que sentiría  
envidia por tu ventura.  
DOL. ¡Envidia de mí... ¿Por qué?  
MERC. Por los goces de tu alma.  
          Por esta dichosa calma  
          que yo nunca disfruté.  
DOL. ¿Lo crees?  
MERC.                           Y con motivo.  
          Sí; feliz debes llamarte  
          y bien pudiera enviartierte  
          yo que sin ventura vivo,  
          agena á todo interés,  
          olvidada por un hombre  
          que supo darme su nombre

y robármelo después;  
y que no hallo en rededor  
de mi existencia presente,  
más que olvido indiferente,  
¡y soledad y rencor  
y angustia! ¡El triste legado  
de infortunios que nos dejan  
los recuerdos que se alejan  
con las dichas del pasado!  
DOL. ¡Abandono, soledad,  
          y desprecio y amargura...  
          ¡qué terrible desventura  
          y qué aciaga realidad! (Con angustia.)  
          ¿Pero eso es cierto?  
MERC.                           Seguro;  
          y al cabo llega un momento  
          en que todo sentimiento,  
          el más noble y el más puro,  
          cede el puesto á otra pasión  
          que en el alma arraiga y crece!...  
          ¡Al odio!... Odio que ennegrece!...  
          ¡que tortura el corazón!  
          ¡que envidia la paz agena!...  
DOL. ¿Qué dices? (Con espanto.)  
MERC.                           Yo también, sí,  
          tengo odio... ¡pero no á tí!  
          Á tí, ¿por qué?; eres tan buena,  
          que en la dicha que atesoras  
          pretendo encontrar la mía.  
DOL. ¡Mi dicha! (Con acento de angustia.)  
MERC.                           ¿Dónde hallaría  
          otra mejor?...  
          (Fijándose en Dolores que se enjuga los ojos con un  
          pañuelo.)  
          ¿Pero lloras?...  
          ¿qué motiva tus enojos?  
          ¿No eres feliz?  
DOL.                           Lo soy tanto...  
          ¡que brota deshecha en llanto  
          la ventura por mis ojos!  
          ¡Ay de mí!  
MERC.                           Vamos, no llorés

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

- y ten calma. Ya te escucho.  
¿Por qué sufres?
- DOL. Porque lucho  
con infinitos dolores.  
Reposo, felicidad,  
el amor de mi marido...  
¡todo! ¡todo lo he perdido!
- MERC. ¿Todo? (Con ansiedad)
- DOL. ¡Sí!
- MERC. ¿Pero es verdad?  
(La actriz dará á esta frase la entonación que juzgue  
más adecuada al papel que representa.)
- DOL. ¡Verdad, sí!
- MERC. Nunca pensé  
que él...
- DOL. ¡De abandonarme trata!  
¡Alguién su fé me arrebató!
- MERC. ¿Y tú sabes?...
- DOL. Nada sé,  
y de todo desconfío.
- MERC. Deja que á pensar me atreva  
que sin prueba...
- DOL. ¡Qué más prueba  
que mi llanto y su desvío!
- MERC. Una duda no es bastante  
para perder el reposo  
del alma, y aunque tu esposo  
siempre tuvo de inconstante  
mucho, si hoy no has encontrado  
causa para tus desvelos,  
no has de poner tus recelos  
en los hechos del pasado.
- DOL. ¡El pasado!
- MERC. ¿Quién no lleva  
en su recuerdo escondida  
alguna ilusión querida?  
¡Nadie existe que se atreva  
á negarlo! Tú también  
conservarás la memoria  
de aquella inocente historia...  
de aquél no logrado bien  
que perdiste.

- DOL. (Con dignidad.) ¡Lo perdí!  
¡Pero antes supe arrancarlo  
de mi pecho, y olvidarlo,  
cuando á Gonzalo me uní!
- MERC. Lo sé, y sé que tu existencia  
y la suya se fundieron,  
y al hacerlo obedecieron,  
á lo que la conveniencia  
de vuestros padres forjó.  
¿Supiste?...
- DOL. Que abandonabas  
el colegio, y te casabas.  
¡Entonces me casé yo!  
Pero también he sabido  
que al verte Gonzalo allí,  
cifró su esperanza en tí  
y que siempre te ha querido.  
(Ademán negativo de Dolores.)  
No es que excusarle pretenda  
del dolor que tu alma siente;  
pero nada hay al presente  
que le acuse ó que te ofenda,  
y no es razón que por nada  
sufras y te preocupes,  
y sin motivo, te ocupes  
en hacerte desgraciada.
- DOL. ¡Sí! ¡Con él voy á perder  
mi ilusión más venturosa!  
En lucha tan espantosa,  
¿qué hacer, Mercedes, qué hacer?
- MERC. Si es cierto lo que supones,  
si le amas y quieres traerle  
contigo, para vencerle  
de un solo medio dispones.  
¡Un medio!... ¿Cuál?... ¡Pronto! ¡Dime!  
Defenderte, no llorar  
y, á ser posible, luchar  
con las armas que él esgrime.
- DOL. ¡Cómol (Sorprendida.)
- MERC. Si de sus locuras  
quieres el vuelo rendir,  
debes hacerle sufrir

con tus propias amarguras  
Fustígame sin piedad,  
y finge que de él te alejas.

DOL. (Con severidad y energía.)  
¡Qué, Mercedes! ¡Me aconsejas  
que pierda mi dignidad?

MERC. Dolores...

DOL. ¡Sella tu lábio!  
¡Torpe anduviste en decirlo!  
¡Suponer que iba á admitirlo,  
más que torpeza, fué agravio!  
¡Yo, ni en apariencia, infiel  
á mi deber! Si eso hiciera...  
sólo por hacerlo. fuera  
tan culpable como es él!  
Si me aparta de su amor  
y á sus caprichos me inmola,  
sabré defenderme sola  
enfrente de mi dolor.  
¡Sea él de su culpa juez!  
Yo, en mi angustia y en mi duelo,  
tendré al menos un consuelo:  
¡el de mi propia honradez!

MERC. Yo no pretendía...

DOL. No:  
¡te engañabas! ¡Ni se humillan,  
ni su dignidad mancillan  
las mujeres como yo!  
Si su esperanza se trunca,  
saben llorar y sufrir,  
y si es preciso morir;  
¡pero deshonrarse, nunca!

### ESCENA VII.

DOLORES, MERCEDES y LUIS.

MERC. Tú, que mi amistad no ignoras,  
no debiste imaginar...

LUIS. (Dentro.) No es necesario avisar.  
(Aparece Luis en la puerta del fondo y saluda  
desde ella á Mercedes y Dolores.)  
Felices días, señoras.

(Dolores después de saludar con la cabeza á Luis,  
hace un gesto desdenoso.)

MERC. ¡Tu primo! (Bajo á Dolores.)

LUIS. ¡Siempre el desprecio!

MERC. ¡El hombre de mejor porte  
y el más nécio de la corte!

DOL. ¡Y tan malo como nécio.)

LUIS. ¡Qué hermosa está!... Y el Marqués...)

—Dolores... ¿También Mercedes

aquí?...—¿Cómo están ustedes

desde anoche?—¡Qué tiple! ¡Es

de lo mejor que se ha oído

en Madrid! ¡Y cómo canta!

¡Qué afinación! ¡Qué garganta!...

Pero ¿y Gonzalo? (Á Dolores.)

DOL. Ha salido;

mas pronto debe volver.

LUIS. Lo siento, porque me urgía

verle al instante. Quería

que me diese parecer

y ayuda para ultimar

cierto negocio: un asunto

que he de resolver al punto,

y no le puedo esperar.

¿Tanto importa?

MERC. Sí.

LUIS. Sí.

MERC. (Con tono de burla.) ¿De veras?

¿Y no será indiscreción

preguntar?...

LUIS. La adquisición

de un caballo de carreras.

¡Un magnífico alazan,

fino, corredor, valiente!

¡En fin, un potro excelente!

¡Dos como él no se hallarán!

Has de verle vencedor (Á Dolores.)

en las próximas carreras.

Digo, á no ser que prefieras

igual que el año anterior,

de todo el mundo ocultar

tu peregrina hermosura,

robándole la ventura

de poderla contemplar.  
En vano te lo rogué  
y me ofrecí á acompañarte;  
que tú, obstinada en negarte,  
no aceptaste.

DOL. No acepté,  
porque encontrándose fuera  
de la corte mi marido,  
si al lado tuyo hubiese ido  
á que la gente me viera  
en su ausencia divertirme,  
pudiera ser mal juzgada  
yo, que sin él no hago nada,  
ni tengo afán de exhibirme.

LUIS. ¡Igual siempre! ¡Ni me escucha  
ni me tiene compasión!  
¡Pero yo hallaré ocasión  
de vencer en esta lucha!  
(Se levanta en actitud de despedida.)  
Adios.

MERC. ¿No aguarda el consejo  
de Gonzalo?

LUIS. ¿Qué he de hacer?...  
No me puedo detener  
un instante!  
(Luis pronuncia estas palabras algo retirado de  
Mercedes y Dolores.)

MERC. (Á Dolores.) Yo te dejo.  
(Bajo á Dolores.)  
(El pobre está enamorado  
de tí!)

DOL. (Bajo.) ¡Mercedes!...  
MERC. (Id.) Repara  
que se le nota en la cara.  
(¡De mirarte está embobado!)  
(Alto.) Adios. Si pones en dudas  
la amistad que te profeso,  
que me disculpe este beso.

(Se separa de Dolores. Luis se acerca á ésta, y lo  
dice por lo bajo, mientras Mercedes se detiene  
frente á uno de los espejes que hay á ambos lados  
de la puerta del fondo.)

LUIS. ¡Vamos! ¡El beso de Júdas! (Bajo á Dolores.)

DOL. ¿Qué dices? (Id. sorprendida)

LUIS. Con él lo igualo;

que lo mismo representa,  
si es cierto lo que se cuenta  
de Mercedes y Gonzalo.

DOL. ¿Qué se cuenta? (Con ansiedad.)

LUIS. ¡Lo imposible!

¡Un engaño! ¡una locura!...

¡Pero la gente murmura!

(Separándose de Dolores y dirigiéndose hacia el  
fondo.)

DOL. ¡Aguarda!

LUIS. (Ahora no es posible.

¡Ella espera!)

(Se dirige hacia el sitio donde está Mercedes.)

MERC. (Á Luis.) ¿Vamos?

LUIS. Sí.

MERC. Hasta después. (Á Dolores.)

LUIS. (Ya he logrado

mi objeto! ¡El golpe está dado  
en firme!)

(Sale con Mercedes por el fondo.)

## ESCENA VIII.

### DOLORES.

¿Qué es lo que oí?

¿Qué frases de maldición

deslizaron en mi oído,

que al oírlas he sentido

romperse mi corazón?

¿Tan espantosa maldad

puede ser cierta?... ¡Mentira!

¡Calumnial ¡Ese hombre delira!

—¿Pero y si fuese verdad?...

¡Ay!... no quisiera creerlo,

y sin embargo, la duda

á mi cerebro se anuda! (Breve pausa.)

—¡Yo necesito saberlo

todo, aunque mire perdida

con la certeza mi suerte!  
¡Cuando es segura la muerte,  
no importa ensanchar lo herida!

(Sale por la primera puerta lateral de la derecha.  
Al salir Dolores, entra Juan, y se detiene en la  
puerta del fondo.)

### ESCENA IX.

PABLO, GONZALO y JUAN.

GONZ. (Á Pablo, acercándose seguido por éste á la puerta del fondo.)

Es mi alegría mayor,  
porque al cabo he conseguido  
verte á mi lado.

(Á Juan.) (¿Has cumplido  
con mi encargo?)

Sí, señor.

JUAN

GONZ. ¿Y la carta?

JUAN. La entregué.

GONZ. ¿Y qué dijo?

JUAN. Que vendría,  
y que esta noche lo haría.

GONZ. Está bien; retírate. (Sale Juan por el fondo.)

### ESCENA X.

PABLO y GONZALO.

GONZ. Esta es mi casa, y aquí  
tu gusto debes hacer.  
De ella puedes disponer,  
como dispones de mí,  
con entera libertad,  
que en ella estás amparado  
por el derecho sagrado  
de nuestra franca amistad.

PABLO. No en balde de ella te fias  
y en su persistencia crees,  
pues hoy mi amistad posees  
como antes la poseías;  
que no destruye la ausencia

gratos recuerdos, que son  
latidos del corazón  
precisos á la existencia.

GONZ. Gracias, Pablo.

PABLO. No me des  
gracias. ¿Á qué las ofreces  
si eres tú quien las mereces  
por tu afecto; si después  
de haber vivido ignorado  
tanto tiempo, sin hallar  
ni más compañero que el mar  
ni más gloria que el pasado,  
cuando doy la vuelta al centro  
de mis afectos queridos,  
los hallo rotos, huidos,  
y en tí nada más encuentro  
vivos los antiguos lazos,  
y tú me vienes á dar  
la ventura de estrechar  
á un amigo entre mis brazos?

GONZ. Cinco años ya, sin saber  
de tí nada, han transcurrido.

PABLO. ¡Es tan hermoso el olvido  
á veces!

GONZ. ¿Llegaste ayer?

PABLO. Sí.

GONZ. Pues me haces doble honor  
con habérmelo avisado.

PABLO. ¿Conque casado?

GONZ. Casado.

PABLO. ¡La honradez en el amor!  
¡La felicidad!

GONZ. (Con ironía.) ¿Lo crees?

PABLO. ¿Cómo no, si al poseer  
el amor de una mujer  
pura, todo lo posees?  
¡Dichoso quien tanto alcanza!  
¡Cuando el alma va perdida  
en las luchas de la vida,  
esa es la sola esperanza,  
el único bien que resta!  
¡El placer nada merece!

Es tan poco lo que ofrece  
y tanto lo que nos cuesta,  
que no valen sus candentes  
goces, su fuego abrasado,  
lo que vale el beso honrado  
de unos labios inocentes.  
Este es calma é ilusión;  
aquel mentira ó afrenta:  
hay que ganarlo por venta  
ó robarlo por traición.  
¡El comprado, satisface  
un momento; luego hastía!  
El robado, es la sombría  
fiebre que el honor deshace;  
y es humana insensatez  
querer forjar la ventura  
con suspiros de amargura  
y girones de honradez.  
¡Eso es infame!

GONZ. (En son de burla.) Si así  
juzgas siempre, y de ese modo  
quieres proceder en todo...  
¡desventurado de tí!  
¿Tienes por infamia acaso  
sucesos que se están viendo  
siempre; que están ocurriendo  
en el mundo á cada paso?  
PABLO. ¿Tú los defiendes?

GONZ. Tal vez.  
Y si entre nosotros vives  
y á las gentes no recibes  
sin patentes de honradez,  
tu fe podrá conservarse...  
pero tu mano extendida,  
no va á encontrar en la vida  
otra mano en que apoyarse!  
PABLO. ¡Ni tampoco la quisiera!  
¡Qué á ser tu dicho verdad,  
tendría la soledad  
por la mejor compañera  
que puede el hombre tener!  
—Pero te engañas, Gonzalo.

GONZ. ¿Yo?

PABLO. ¡No es el mundo tan malo  
como tú lo quieres ver!  
En él hay hombres de honor,  
de dignidad y energía  
que huyen de la hipocresía;  
que no ceden al favor;  
que atraviesan la existencia  
sin sonrojos en la tez,  
y que no tienen más juez  
que la voz de su conciencia.  
¡Ley que á todos hace iguales!  
¡Que sabe disimular  
faltas! Pero perdonar  
por conveniencias sociales  
los crímenes... ¡eso, no!  
¡Ante el crimen no se cede!  
Así es como el bien procede:

GONZ. ¡así es como pienso yo!  
¡Siempre igual! ¡Sin transigir  
en el camino emprendido!  
PABLO. ¿Qué quieres?... ¡Así he nacido,  
y así quisiera morir!

GONZ. Y así has venido á formar  
tu extraña filosofía,  
con lo que yo llamaría  
los espejismos del mar.  
—En la movible extensión  
de ese agitado elemento,  
se dilata el pensamiento  
y se agranda el corazón,  
porque tienen más anchura,  
más espacio y libertad:  
Abajo la inmensidad,  
y el infinito en la altura.  
En el mundo hay que ceder  
y amoldarse á otras ideas.  
¡Por riguroso que seas  
también habrás de caer  
convulso y desalentado  
en este social abismo!  
¡Todos caemos! ¡Yo mismo

apenas si soy honrado!  
PABLO. ¿Qué dices? (Sorprendido.)  
GONZ. Que yo también  
sufro el embate creciente  
de esta invencible corriente  
que nos separa del bien.  
Sí, Pablo; en toda ocasión  
tu amistad tiene derecho  
para sondear mi pecho.  
Dentro de mi corazón  
existen luchas sombrías,  
y si llegases al fondo  
de su repliegue más hondo,  
lleno de espanto verías  
una imagen que triunfar  
de mi deber ha logrado;  
que me atrae, y me ha robado  
de mi esposa y de mi hogar.  
PABLO. ¡Otra mujer!  
GONZ. En quien miro  
puestas mis venturas hoy.  
PABLO. ¡Gonzalo!...  
GONZ. ¡Su esclavo soy!  
PABLO. ¿Y en destruir esos lazos  
no confías?  
GONZ. No lo espero,  
porque me hallo prisionero  
en el cerco de sus brazos!  
¡Fué mi primer amor!  
¡el que siempre encuentra abrigo  
en el alma!—¡Á qué te digo  
nada, cuando tú mejor  
que yo sabes lo que puede  
ese fantasma divino  
que empuja nuestro destino  
y á ningún impulso cedel  
¿Olvidas tú á una mujer  
cuyo nombre me ocultaste,  
y de la que te apartaste  
y á la que no has vuelto á ver?  
PABLO. ¡Verdad es! ¡tienes razón!

no di su amor al olvido...  
¿ni cómo?... ¡pero he sabido  
guardarlo en mi corazón!  
¡Del hondo mar aprendí  
á vencerme y á luchar;  
al cabo pude lograr  
salir triunfante! .. ¡Vencí!  
venci confundiendo á solas  
en aquella inmensa calma,  
las amarguras de mi alma  
y el amargor de las olas.  
Que en el mar y en la existencia  
se limita todo anhelo:  
al mar lo limita el cielo!  
¡al deseo la conciencial  
Yo...  
GONZ. Yo...  
PABLO. No seas tan demente  
que tu porvenir descuides,  
y por un deseo olvides  
á una mujer inocente;  
que si se encuentra ofendida  
sin razón y sin derecho,  
puede llevarla el despecho  
á dar muerte por herida.  
GONZ. ¿Qué dices?... Si eso ocurriera...  
si ella ultrajase mi honor...  
¡Entonces!...  
PABLO. Fuera mejor  
que el tuyo no se torciera;  
que es ley torpe é insensata  
la que ultraja, y se promete  
que la víctima respete  
al verdugo que la mata.  
(Gonzalo se aparta de Pablo y se dirige á la se-  
gunda puerta lateral derecha.)  
¿Por qué á tal extremo llegas,  
Gonzalo?  
GONZ. Vienen allí.  
(Señalando á la primera puerta derecha.)  
PABLO. ¿Cuando procedes así,  
no ves que á todo te entregas?  
¡Aun es tiempo!

GONZ.                   ¿Qué he de hacer?  
Buena ó mala la jornada  
se encuentra mi suerte echada.  
¡No puedo retroceder!

### ESCENA XI.

DOLORES, MERCEDES, PABLO y GONZALO; al  
fina! JUAN. Aparece Mercedes en la segunda puerta de la  
derecha y dice como dirigiéndose á DOLORES.

MERC.   Aquí están (Á Dolores.)  
(Á Gonzalo.) ¿Tuve razón  
al prometer que vendría  
con tiempo?  
(Sale Dolores por la segunda puerta derecha, en  
actitud reconcentrada y sin reparar en nadie.)

DOL.                   (¿Y ella decía?...  
Será cierta su traición?)

GONZ.   (Á Pablo que se encuentra algo retirado.)  
Vamos, acércate aquí.  
(Pablo se adelanta hacia Mercedes y Dolores: ésta  
sigue en segundo término sin levantar la cabeza.)  
Mi esposa, á la que deseo  
presentarte.

PABLO.               Yo...  
(Adelantándose hacia Dolores. Esta levanta la ca-  
beza. Al encontrarse sus ojos con los de Pablo,  
ambos retroceden como sorprendidos.)  
(¡Qué ve!

¡Dolores!)

DOL.                   (¡Pablo!  
¡Ay de mí!  
Nunca en tus designios cedés,  
dolor!)

MERC.   (Que se ha fijado en la actitud de Pablo y Dolores  
al reconocerse.)  
(¿Será él?)

PABLO.   (Alto á Dolores.) No sabía  
que este honor merecería.

GONZ.   ¿Se conocían ustedes?

DOL.                   Sí.

MERC.   (¡Su marido lo ignora

PABLO.               y él disimula el disgusto!)  
Hace tiempo tuve el gusto  
de tratar á esta señora.

GONZ.   (Á Mercedes.)  
Haré su presentación.  
Solo á usted; Pablo Murguía,  
marino de gran valía  
y amigo del corazón.

(Al oír este nombre, Mercedes hace un ademán de  
confirmación á la pregunta que se hizo anterior-  
mente.)

MERC.   ¿Es usted marino?... ¡El mar!  
Espectáculo grandioso.  
no es cierto?

PABLO.               ¡Sí; muy hermoso!

El nos hace recordar  
toda esperanza perdida;  
que las olas se asemejan  
á las dichas que se alejan  
en el curso de la vida.  
Se dice, al verlas romper  
en la costa, morirán;  
se dice, no volverán  
los recuerdos del ayer.  
Pero la ola se rehace  
y el recuerdo se avalora;  
que ni el ayer se evapora  
ni la espuma se deshace.

DOL.                   (¡Cuánto sufre!)

MERC.               (¡Esto es amor!)

(Alto á Pablo.)  
Y que tiempo ha transcurrido.  
(Aparece Juan á la puerta del fondo.)

JUAN.   El señor está servido.

GONZ.   Pues vamos al comedor,  
señores. (Á Pablo por Dolores.)

Juzgarte puedes  
por dueño de su amistad.

PABLO.   Yo...

GONZ.   Tenga usted la bondad  
de darme el brazo. Mercedes (Á Pablo.)  
Dale tú el tuyo á mi esposa.



(Pablo se detiene un instante como si vacilara, luego dice:)

PABLO. (Mirar perdido mi anhelo,  
y no tener ni el consuelo  
de contemplarla dichosa!)

(Se adelanta á Dolores en actitud de ofrecerle el brazo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoración del acto primero. La puerta que comunica con el despacho de Gonzalo, segunda de la izquierda, estará cerrada al comenzar el acto.

### ESCENA PRIMERA.

LUIS y JUAN.

LUIS. ¿Y el marqués?  
JUAN. Hace un momento  
le ví entrar en su despacho.  
LUIS. ¿Está sólo?  
JUAN. No, señor.  
LUIS. ¿Quién le acompaña?  
JUAN. Don Cándido.  
Vino con unos papeles;  
me preguntó por el amo,  
salió éste: hablaron muy quedo,  
y allá dentro se encerraron.  
(Señalando la segunda puerta de la izquierda.)  
LUIS. (El pagaré.) ¿Y la señora?  
JUAN. Pues también sola en su cuarto  
muy afligida y muy triste.  
LUIS. ¿Triste? (Con interés.)  
JUAN. Desde que ha llegado  
á esta casa ese marino,  
no pone tregua á su llanto.